

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 4



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Semblanza de un maestro: José Agustín de la Puente Candamo

Margarita Guerra Martinière
Pontificia Universidad Católica del Perú

Es sumamente grato para la Facultad de Letras, para el Departamento de Humanidades y para mí en particular poder participar en una ceremonia como la que hoy nos convoca, porque se trata de hacer recuerdos en común de la labor desarrollada por José Agustín de la Puente Candamo en nuestra casa de estudios, proyectada a través de sus innumerables discípulos.

Nunca es fácil rendir un justo homenaje a quien tiene tan larga trayectoria en la docencia, pues son muchas las facetas de su personalidad que es necesario destacar, tanto en el campo profesional, como en el de las cualidades morales y éticas, y en el ejemplo de vida que para muchos de los aquí presentes ha representado, y representa.

En este merecido homenaje por sus cincuenta años quedarán muchos vacíos respecto a su paso y dedicación a la Universidad Católica, de la cual es uno de sus más genuinos representantes. Él se vinculó a la que sería su Alma Mater apenas egresado del colegio, con el objeto de recibir una educación acorde con sus principios, sacrificó parte del prestigio que entonces significaba la formación sanmarquina para seguir cultivando las bases intelectuales recibidas en el colegio de la Recoleta.

Su interés por el cultivo de la Historia y por la hispanidad lo llevaron a España a profundizar sus estudios y a su regreso se incorporó a la planta docente de la Facultad de Letras, en la cátedra de Historia del Perú II, al lado del padre Rubén Vargas Ugarte S.J., de quien fue discípulo.

Su profesión es la Historia y su vocación el ser maestro, actividad a la cual ha concedido la calidad de apostolado, pues su docencia no termina en el aula de clase, sino que continúa a través de la conversación grupal o individual, de los antiguos seminarios que se daban en el Instituto Riva-Agüero, e incluso ha ido más allá, pues ha dado, y da, un testimonio de vida que es complemento del verdadero maestro. Todos hemos encontrado en él la coherencia que esperamos hallar en aquellas personas que consideramos, en alguna forma, como paradigmas.

Su nombre para la Universidad está ligado tanto a la labor docente como a la administrativa y directiva. Siempre está dispuesto a dedicar su tiempo a las actividades en las cuales se requiere su presencia, su palabra o cualquier tipo de intervención, en especial cuando se trata de la defensa del carácter de la Universidad, de sus fines y de su compromiso con la Iglesia, dado el carácter de Pontificia de nuestra Universidad. Nunca han primado en él los intereses personales por encima de los de la institución.

Pero no es su actitud puramente profesional o principista lo que hace que hoy estemos reunidos, es el lado humano que compromete, y ha comprometido a través de muchas generaciones, el vínculo afectivo aun con aquellos exalumnos con los cuales han podido existir discrepancias ideológicas. Indudablemente en nuestra Universidad es uno de los docentes que ejerce en el aula la más auténtica democracia y mantiene el mayor respeto por la opinión de cada uno de los estudiantes, al permitirles intervenir en un diálogo franco, con preguntas o críticas que podrían resultar para otros impertinentes o descabelladas. Su respuesta, invariablemente, se inicia con tono afirmativo, tratando de rescatar aquello que podría vincularse con algún aspecto importante del tema de la pregunta formulada. Siempre se deja sentir su respeto por la opinión ajena, aun cayendo en cierto "eufemismo" en el reconocimiento del derecho a la opinión. Allí donde los demás podríamos hacer un rechazo categórico, él encuentra las palabras adecuadas para mantener el diálogo abierto.

En el paso por la Universidad el estudiante entra en relación con todo tipo de profesores, algunos que deslumbran por el conocimiento, otros que lo hacen por el método, otros que son muy campechanos y a los cuales es muy fácil acercarse, pero docentes que merezcan el título de "maestros" porque más allá del dominio de la materia, la claridad en la exposición, el manejo del idioma y de los demás aspectos puramente académicos, son capaces de transmitir modelos de vida, demostrarle a cada alumno que es importante y que lo que opina o pregunta vale; son muy pocos y son éstos, precisamente, los que dejan huella en el alumno, compartan o no el pensamiento del profesor, pues éste ha sido capaz de establecer una relación de mutuo respeto.

La acción orientadora del "maestro" como lo calificamos quienes hemos sentido su sana influencia, nunca se presenta como un intento de posesión de la personalidad de sus discípulos, siempre consciente, y aun estimula, la discrepancia, pues busca formar personalidades sólidas, independientes, capaces de desarrollar sus propias inclinaciones, expectativas e intereses, aunque pudieran no ser compartidos por él.

En la transmisión de sus conocimientos intenta convencer por la discusión abierta, no imponer sólo por aumentar el número de adeptos a sus convicciones. Mantiene una actitud de lealtad académica al ofrecer íntegros los avances acerca de los temas tratados, sin ningún tipo de restricción por temor a la competencia intelectual. Es esta una de las mayores virtudes que podemos encontrar en el doctor de la Puente, ese rasgo de honestidad que es reconocido por quienes han tenido oportunidad de ser alumnos suyos y, en general, por muchos que lo conocen sólo por las referencias de sus compañeros, o por sus textos.

No intentaré aquí una biografía exhaustiva de sus años en la Universidad, solamente quiero mencionar algo de la labor cumplida en la cátedra universitaria, especialmente en el curso de Historia del Perú II, que se dictó inicialmente para el antiguo bachillerato de Letras hasta 1968, y luego para el nivel de Estudios Generales. Este curso juega un papel fundamental en la trayectoria docente de nuestro homenajeado, pues es allí donde se plantea una de las ideas que nos permiten conocer la concepción que él tiene acerca del Perú. Es en verdad una cátedra de peruanidad, pues a través de esta asignatura busca —cabe el término— “peruanizar” a sus discípulos. Se transmite un elemento vital acerca de la conciencia nacional, la afirmación de que el Perú existe y de que somos nosotros quienes hemos recibido el legado de mantener nuestra identidad nacional.

Su labor en el Instituto Riva-Agüero tiene el mismo sentido. Desde que se inició como fundador y director del Seminario de Historia, para desempeñar luego el cargo de secretario del Instituto y, finalmente, como director del mismo en varias oportunidades, él se identifica plenamente con los fines del Instituto que recogieron los ideales de don José de la Riva-Agüero, respecto a la necesidad de revalorar nuestro pasado, tanto en lo prehispánico como en lo colonial y republicano, por lo que participó activamente en la formación del Instituto y estuvo plenamente de acuerdo en que se dedicase a los estudios peruanistas, en homenaje a quien había consagrado su vida al rescate de la peruanidad.

Las diferentes promociones que han pasado por el Instituto, de las cuales algunos nos incorporamos posteriormente como profesores de esta Universidad —tanto quienes pertenecemos a la especialidad de Historia, como quienes optaron por las otras ramas de las Humanidades—, experimentamos la influencia de un verdadero forjador de vocaciones universitarias, que no procura incrementar sólo las filas de los historiadores, sino que también aquí sabe respetar la inclinación

del estudiante y procura, más bien, ayudarlo a aclarar definitivamente su aspiración profesional.

Es importante subrayar, asimismo, en su trabajo en el Instituto su apertura a las mejoras materiales, a la modernización, en el mejor sentido del término –hoy tan venido a menos–, a la introducción de nuevas formas de trabajo, de nuevas ideas, pero manteniendo siempre la fidelidad a los principios fundamentales establecidos desde la fundación. Él considera que este organismo que se fundó con la calidad de Escuela de Altos Estudios tiene, en el campo de las Humanidades, la obligación de ofrecer proyectos que contribuyan a esclarecer para la sociedad del siglo XXI cual debe ser el rumbo de nuestra identidad nacional.

El Instituto Riva-Agüero en todos estos años no ha sido sólo un centro académico; la formación que recibimos nos llevó también a crear un espíritu de cuerpo a lo cual contribuyó no poco don José Agustín. La cercanía de la Facultad de Letras –en la Plaza Francia– nos permitía a docentes y alumnos ir más de una vez al día al local de Lártiga, tanto si teníamos reuniones de trabajo, cuanto si íbamos, simplemente, a conseguir un rato de amena charla con otros estudiantes o profesores, siempre había oportunidad de tertulia y allí se alternaban los temas más diversos. Con esto no terminaba la vida del Instituto, el mismo doctor de la Puente promovía otras actividades de fraternidad entre los miembros, como paseos al campo; lamentablemente ya hoy no se practica por mil circunstancias distintas. Lo único que ha continuado, aunque sin el brillo anterior, es el saludo navideño.

Esta preocupación por formar una familia “rivagüerina”, hizo que una vez al mes nos reuniéramos en el Instituto un domingo para una reflexión académico-espiritual y compartir un desayuno sencillo preparado en un antiguo primus que prestaba Máximo, nuestro recordado guardián, defensor del local de Camaná. Eran otros tiempos, la vida era menos agitada que hoy, pero allí se formó gran parte de muchos de los actuales profesores de esta Facultad de Letras y el promotor de este espíritu de cuerpo fue el doctor de la Puente.

En 1957 fue nombrado decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, cuando los programas curriculares adolecían de evidentes necesidades. Era preciso una renovación y la nueva autoridad comprendió que había que fortalecer los estudios en las diferentes áreas y proyectarse hacia algunas especialidades nuevas, como fue el caso de Psicología. A él se debió que se diera inicio a estos estudios. En el caso de Historia comprendió que era necesario acercar al estudiante a la realidad con la cual tenía que enfrentarse el futuro historiador, espe-

cialmente el que abordaba los temas del hombre andino e introdujo la enseñanza del quechua para que mediante la comprensión de la estructura del idioma pudiésemos entender mejor el pensamiento del poblador andino. Igualmente, intensificó el aprendizaje de las lenguas clásicas: latín y griego para los estudiantes de filosofía, de lingüística y literatura e historia, exigencia que no valoramos adecuadamente en su momento.

Estas no fueron todas las transformaciones que sufrió nuestra Facultad: se incrementó el número de asignaturas para cubrir los vacíos que se observaban en los planes de estudios, para lo cual se inició la política de incorporar a nuestros egresados a la docencia universitaria y empezó la contratación de profesores a tiempo completo en la Universidad, siempre con la finalidad de vincular de modo más firme al profesor con el centro de estudios. Igualmente, para cumplir con el juramento que los docentes hacemos al incorporarnos a la plana docente, se organizó actividades para el cultivo de nuestra vida espiritual tales como jornadas de reflexión y retiros espirituales. Todo esto contribuyó no poco a que echáramos raíces en esta institución.

En aquella temporada teníamos por casa el antiguo local de la Plaza Francia que empezó a quedarnos estrecho y hubo que pensar en la ampliación, con este motivo se iniciaron trabajos en la casa Tenaud, local que luego pasaría a manos de la Librería Studium que lo transformó totalmente. La estrechez material no pudo detener el crecimiento de nuestra Alma Mater, pues la formación que llegamos a alcanzar condujo a que nos encontrásemos en condiciones de salir al extranjero con la suficiente preparación como para competir en un nivel de igualdad con los estudiantes de otros países.

El Decanato del doctor de la Puente convirtió a la Facultad de Letras en el primer centro de estudio de Humanidades del país; y, paralelamente el Instituto Riva-Agüero se convertía en el centro de investigación más prestigiado no sólo en nuestro medio, sino que llegó a sobrepasar nuestras fronteras.

Vinieron luego años difíciles para la cátedra universitaria comprometida con una postura doctrinaria que se quiso llamar "tradicional" en contraste con las veleidades modernistas marxistas. El país y la Universidad Católica cayeron en esta trampa y se rechazó la presencia en cargos directivos de quienes no resultaban suficientemente progresistas, razón por la cual el doctor de la Puente se limitó a continuar con su trabajo universitario desde el aula y con su labor profesional de investigación histórica que le permitió profundizar su tarea peruanista.

Es a partir de los años ochenta cuando retorna su plena dedicación a la Universidad, primero como profesor a medio tiempo y luego a tiempo completo y esto se deja sentir en el Departamento de Humanidades cuya jefatura ha ejercido de 1992 a 1996. Este fue un virtual reconocimiento a quien había seguido prestando sus servicios con toda modestia, pero con incansable dedicación. Allí nuevamente hizo uso de su capacidad administrativa y de su vocación de servicio a la institución, pues tuvo un tratamiento muy deferente hacia todos los profesores por cuya situación tuvo una especial preocupación. Impulsó el trabajo de investigación mediante la organización de certámenes interdisciplinarios de Humanidades, lo cual contribuyó a darle una mayor presencia académica al Departamento a su cargo, tanto dentro de la Universidad como fuera de ella. Se mostró abierto para ampliar la proyección de las actividades académicas mediante la celebración de conferencias y otros eventos con profesores de la institución e invitados, nacionales y extranjeros.

Su labor intelectual la ha realizado a través de la docencia en los diferentes niveles de estudios, desde Estudios Generales, con alumnos muy jóvenes; pasando por los intermedios del bachillerato y la licenciatura quienes tienen ya una vocación bastante definida y con quienes es posible establecer un diálogo más profundo, hasta los de Maestría, donde el trabajo es mucho más exigente y en todos los casos ha sabido adaptarse a las necesidades del grupo.

Su otro campo de actividades son las instituciones académicas de las cuales forma parte. Aquí cabe destacar su pertenencia a la Academia Nacional de la Historia, de la cual es actualmente presidente y donde se están renovando, gracias a su gestión, los criterios para el funcionamiento de la misma al ampliar el número de sus integrantes. Luego, el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos, para el cual prepara actualmente una biografía de Miguel Grau, de cuya figura humana y heroica es, sin duda, el más acertado intérprete. También ha sido incorporado a la Academia Peruana de la Lengua, donde es el segundo historiador aceptado.

No queremos terminar esta semblanza sin mencionar su constante preocupación por la formación de los maestros, especialmente los escolares, para los cuales se estableció en el Instituto Riva-Agüero el Servicio de Cooperación con el Magisterio, pues considera que en la mejor preparación del profesorado, en la mística que pueda infundir a su tarea, en la afirmación de los valores nacionales es donde se encuentra el futuro del país. Asimismo, queremos hacer hincapié en cómo los temas históricos que constituyen la especial preocupación

del doctor de la Puente se orientan en esta misma dirección: tanto la necesidad de rescatar la participación popular en la independencia como la presencia de las elites a través de los precursores; la participación de la sociedad peruana en su conjunto en la Guerra con Chile; la valoración a la obra peruanista de San Martín; la comprensión de la importancia del mestizaje, de lo hispánico y de lo cristiano en la formación de nuestra sociedad. En la defensa de esta postura ha mostrado una profunda coherencia en toda su vida universitaria y supo mantener estas ideas aun en los turbulentos años setenta, cuando la penetración de la ideología marxista trató de desvalorizar a la sociedad peruana, a sus elites y todo lo que significaba la existencia del Perú como nación. Por un reconocimiento a todas estas calidades estamos hoy reunidos para expresar nuestra gratitud al maestro que sabe dedicarse con una entrega total a la formación de las nuevas generaciones que deben continuar su obra de peruanidad y académica, tanto en la Universidad como al servicio del país.

La labor del doctor de la Puente no ha terminado, continúa con la misma entrega con la que se inició y esperamos seguir contando con su ejemplo y su estímulo que nos ha alentado hasta hoy. Finalmente, lo único que podemos decirle es algo muy sencillo, pero muy expresivo: gracias maestro.